

## La victoria de México Saliendo del laberinto

ROBERT A. PASTOR

En noviembre de 1992, un grupo de dirigentes mexicanos que representaban un amplio espectro político fueron invitados por el Centro Carter y el estado de Georgia a observar las elecciones presidenciales en EUA. El motivo oculto, que no era desconocido por los mexicanos, era obtener en reciprocidad una invitación para observar las elecciones mexicanas de 1994.

Los mexicanos visitaron muchas casillas en Georgia y se sorprendieron de la descentralización de la votación (cada condado tiene su propio sistema), de la brevedad del reglamento, y de la casi total ausencia de observadores. Llegó un momento en el que uno de los mexicanos comentó: "En México, para prevenir el fraude, tenemos gruesos tomos de reglamentación, miles de vigilantes de la elección y un sistema muy centralizado. En comparación, sería muy fácil manipular las elecciones en EUA." Yo pregunté: "¿Entonces por qué hay tanto fraude en México y tan poco en los Estados Unidos?" Uno de los del grupo reflexionó: "Quizá porque todas las leyes y la vigilancia en México no pueden compensar la falta de confianza en el proceso electoral."

Recordé esa conversación cuando el ex presidente de EUA, Jimmy Carter, y yo visitamos a Vicente Fox el candidato presidencial del Partido Acción Nacional (pan) y de la Alianza para el Cambio, en sus oficinas de campaña a las 4:00 pm, el 2 de julio, el día de la elección presidencial en México. El pan había cubierto todo el proceso electoral con personas leales al partido que estarían atentas en los casos de fraude electoral. Utilizando la tecnología más avanzada, el pan había hecho una cuadrícula de todo el país, desde la cual se reportaban regularmente las reclamaciones mediante e-mails o teléfonos celulares a las oficinas principales del partido.

Pese a este gran sistema de vigilancia el nerviosismo que sentían los panistas no disminuía, pues sospechaban que el Partido Revolucionario Institucional gobernante iba un paso delante de ellos.

Fox puso a nuestra disposición una tabla con cerca de ocho encuestas de salida de los medios de comunicación, los periódicos y los principales partidos políticos. Los números diferían, pero todas mostraban que Fox iba a la delantera. Aunque Fox no estaba celebrando, tampoco cantaba victoria. "Faltan dos horas para que se cierre la votación -dijo. Este es el momento en el que la maquinaria priista robará la elección." Le dijimos que íbamos a ir después a las oficinas del pri.

Fuimos allá y nos encontramos a Francisco Labastida, el candidato presidencial del pri. El ambiente estaba relajado. Los principales funcionarios del pri no admitían que sus encuestas de salida les mostraban que perdían, sin embargo sus sonrisas desaparecieron y sus miradas sombrías pusieron en evidencia que estaban aceptando lo impensable, el pilar del poder priista se estaba desmoronando. El hecho innegable era que el aparato priista estaba acabado, no iban a robar la elección.

¿Cómo sucedió esto?

Hace una década, cualquiera que dijera que el pri aceptaría una elección justa o perder

la presidencia no sería tomado en serio. En realidad, una encuesta de opinión que se hizo antes de la elección presidencial de Carlos Salinas en 1988 halló que 87% de los votantes no creía que el pri respetaría los deseos del electorado.<sup>1</sup> En consecuencia, pese a que muchos mexicanos estaban desilusionados cuando en la noche de la elección se interrumpió la cuenta de los votos en 1988, pocos se sorprendieron. Aunque el pri era un partido inusual que combinaba el autoritarismo de mano dura con la sensibilidad a la opinión pública. Un año después de su cuestionable elección, el presidente Salinas aceptó la primera elección de un gobernador de oposición. Al siguiente año, él transfirió la maquinaria que conducía las elecciones de la Secretaría de Gobernación al nuevo Instituto Federal Electoral (IFE). Aunque Salinas se aseguró en aquel momento de que Gobernación seguiría manejando el ife, empezó un proceso que culminaría una década después en una de las más profesionales y efectivas comisiones electorales de América. ¿Cómo sucedió esto? La primera violación a la armadura del partido hegemónico de Estado ocurrió antes de la elección de 1988 con la salida de Cuauhtémoc Cárdenas (el ex gobernador de Michoacán e hijo del gran presidente Lázaro Cárdenas) y de Porfirio Muñoz Ledo, el ex secretario general del partido. Con su salida, abrieron al público el hasta entonces debate interno del partido e hicieron críticas al pri y a su permisivo gobierno. Una segunda contribución clave fue la persistencia del pan y de varias organizaciones no gubernamentales (ong) que demandaban los derechos básicos del voto. Una tercera fue la decisión de Salinas de acelerar la apertura de la economía y hacer retroceder a México los 150 años de historia que lo mantuvieron a cierta distancia de los Estados Unidos, lo cual significaba que con el tiempo crecerían los costos internacionales de la represión política doméstica. En su debate televisado sobre el tlc con Ross Perot, el vicepresidente Al Gore insistía que era menos probable que el autoritarismo mexicano siguiera con el tlc que sin él, y se comprobó que tenía razón. Una cuarta fue que el ex presidente mexicano Ernesto Zedillo, cuyo conocimiento de las reformas electorales era escaso cuando asumió el poder en diciembre de 1994, "convirtió en su credo" y aseguró, en 1996, la aprobación en el Congreso de reformas cruciales. En la víspera de la elección de 2000, Fox reconoció ante nosotros que "el margen de manipulación electoral se había reducido entre 2 y 3 por ciento". Para entonces todos los partidos políticos y el 77 por ciento del público tenían confianza en el padrón electoral del ife y en su profesionalismo para conducir las elecciones. La quinta fue que la comunidad internacional -el Instituto Nacional Democrático (ind) y el Instituto Internacional Republicano (IIR), la Organización de las Naciones Unidas, la Unión Europea, el Centro Carter y otras ONG, como la Oficina de Washington en Latinoamérica- reforzó a los demócratas mexicanos y elevaron los estándares con los que los mexicanos evaluaron sus propias elecciones. Y finalmente, la sociedad mexicana demandaba el cambio; los mexicanos querían acceder al mundo moderno. También querían castigar al pri por las devastadoras crisis económicas de dos décadas y por primera vez creían que podían cambiar su gobierno por medio de las urnas.

Esta elección presidencial de 2000 fue la primera en la historia mexicana reciente en la que el resultado era incierto. Esto, por supuesto, es la esencia de las elecciones libres, pero en México, dada su devastadora revolución social, los dirigentes mexicanos habían estructurado el sistema político de una manera que centralizaba el poder en manos del presidente y desaparecía la incertidumbre política. En efecto, desde 1929 hasta los noventa, el presidente mexicano podía no sólo nombrar a cada uno de los de la rama del Ejecutivo sino también (al nombrar candidatos del pri cuya victoria se garantizaba) la rama legislativa del gobierno central, los funcionarios estatales y locales y los dirigentes de las empresas estatales; algunas de ellas, como pemex (la compañía petrolera nacional) y los bancos, estaban entre las más grandes del país.

Durante la década pasada, cada una de estas prerrogativas se redujeron o desaparecieron, y el espacio resultante fue llenado por la oposición política. Cuando Vicente Fox, el ex gobernador de Guanajuato, empezó su campaña para la presidencia en 1997, su empeño, aunque todavía imposible, no era tan quijotesco. Una tercera parte de todas las gubernaturas y la mayoría de los gobiernos municipales estaban en manos de la oposición cuando la votación del 2 de julio. Aunque la mayoría de los líderes del pri y del pan ponían cara de estar seguros en la víspera de la elección, sus nervios sobre el resultado eran evidentes.

La oposición se quejaba en voz alta de la compra y coacción,\* el esfuerzo del pri de comprar o intimidar votantes. Zedillo rechazaba con odio estas críticas, quizá porque algunos del pri lo presionaron para que incluso hiciera un gran uso de los recursos del Estado. Fue en este contexto que el embajador de México en Washington me pidió en mayo de 2000 que el ex presidente Carter y yo observáramos las elecciones. La invitación representaba un avance sustancial, pues el presidente Salinas hacía seis años me había dicho personalmente que un "visitador" de alto nivel como Carter no sería bienvenido.

### Observando la elección

Cuando visité México en una misión exploratoria a principios de junio, los principales candidatos me dijeron que esperaban que viniera Carter. El pri esperaba ganar, pero temían que el pan no aceptara los resultados de una elección libre y pensaban que Carter podría persuadirlos. El pan también esperaba ganar, pero temía que el pri negara su victoria, y esperaban que Carter denunciara el fraude. Como se esperaba una elección muy reñida, incluso una pequeña cantidad de fraudes podía alterar los resultados y conducir a la inestabilidad política. Sólo teníamos un mes hasta la elección y pocos recursos para lanzarnos a una misión de monitoreo. Si había fraude, éste probablemente sería en los lugares más remotos, más allá incluso de donde operaran los grandes equipos que ind e iir habían enviado, por lo que decidimos desarrollar un nuevo modelo de vigilancia electoral, basado en la premisa de que la primera y la más confiable línea de defensa tendrían que ser los observadores electorales de los propios partidos.

Le pedimos a los tres candidatos presidenciales que permitieran que un miembro de nuestro equipo permaneciera en cada una de sus oficinas durante el día de la elección para que así pudiera vigilar a todos sus observadores. Esto le daría posibilidad a nuestro equipo de trabajar con los partidos en rastrear las quejas y lograr su solución. Los tres partidos principales aceptaron la idea en principio y después plantearon sus dudas; finalmente nos permitieron el acceso irrestricto. Además pusimos observadores entrenados en las oficinas del ife, de la ONU y de varias ong. Hubo quienes trabajaron también con varios de los 16,000 asistentes\* funcionarios bien entrenados, monitoreando 7 de cada 10 casillas. Su trabajo era resolver cualquier problema que surgiera el día de la elección. El ex presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada y Shelley McConell, directora asistente del Programa Latinoamericano del Centro Carter, observaron la controvertida elección en Morelos y después se unieron con Carter, la señora Carter y conmigo cuando visitamos las oficinas de los principales partidos. Desde estos lugares privilegiados, teníamos la posibilidad de seguir el pulso de la elección. Escuchamos reportes sobre fraudes, al igual que lo hemos hecho en elecciones decisivas de otros países, pero las denuncias eran siempre peores que la realidad. De los 3,043 incidentes detectados por el ife el día de la elección, 2,964 se resolvieron en pocas horas y sólo unos cuantos eran graves. De aproximadamente 114,000 casillas, sólo 18 tuvieron que cerrarse por violencia u otros problemas. Hubo menos irregularidades y violencia en

esta elección que en cualquiera de las anteriores de la historia mexicana reciente. Con la nueva confianza en que su voto sería secreto y contaría, la gente sorprendió a una gran parte de los encuestadores y votó por la Alianza por el Cambio, dirigida por Vicente Fox. Entre 1988 y 2000, los votantes mexicanos se duplicaron a cerca de 59 millones, y Fox se ganó a una variedad de estos nuevos votantes. Fox llevaba la cabeza entre los jóvenes, los mejor educados y los habitantes urbanos, y ganó 22 de 32 estados. Pese a la legendaria habilidad de la maquinaria priista para movilizar a sus votantes, Fox ganó en aquellos estados que tienen los índices más altos de participación electoral. Gracias a más de una docena de encuestas de salida y conteos rápidos, los resultados fueron evidentes en las primeras horas de la tarde, y el presidente Zedillo organizó una serie de eventos que aseguraron una transición pacífica. Después de que el presidente del ife anunció los resultados del conteo rápido a las 11:00 pm, Zedillo felicitó a Fox por su victoria y a Labastida y al pri por haber hecho una buena campaña. Labastida habló entonces; finalmente, Fox agradeció a sus partidarios por la ayuda y fue magnánimo con sus rivales derrotados. Todo esto se reveló antes de la 1:00 am.

Hace cincuenta años, Octavio Paz describió un México atrapado en un "laberinto", una cultura política de cinismo y suspicacia arraigada profundamente en la historia del país. Aunque él no consideró entonces la falta de elecciones libres como un hecho crucial, con el tiempo llegó a reconocer su importancia. "Un país sin elecciones libres es un país sin voz, sin ojos y sin brazos", escribió más tarde.<sup>2</sup> La belleza de la transición de México a la democracia fue la manera en que ésta evolucionó gradual y pacíficamente en el curso de una década. El gobierno y la oposición negociaron las reglas del juego, y los mexicanos encontraron su voz. La transición tranquila en la noche de las elecciones sugiere que algo más que los dirigentes del país cambiará. Si las elecciones libres y la alternancia en el poder pueden también cambiar la cultura política del país, esto nos daría una razón más sobre por qué las elecciones libres son un hito en el camino a la modernidad

Traducción: AGB. Notas

Citado por Laurence Whitehead en "Mexico Ponders the Way from Here to Democracy", *Independent*, 16 de julio de 1988.

Octavio Paz, "Latin America and democracy", en Octavio Paz et al., *Democracy and Dictatorship in Latin America: A Special Publication Devoted Entirely to the Voices and Opinions of Writers from Latin America*, Foundation for the Independent Study of Social Ideas, Nueva York, 1982, p. 15.

\* En español en el original.

El autor es profesor de ciencia política en la Universidad de Emory, fundó y dirigió (hasta 1998) el Programa Latinoamericano y Caribeño y el Programa Democracia en el Centro Carter en Atlanta, Georgia. A petición de la actual directora del Programa Latinoamericano y Caribeño, Jennifer McCoy, él organizó al equipo del Centro para monitorear las elecciones mexicanas.

Texto publicado originalmente en *Journal of Democracy*, vol. 11, núm. 4, octubre de 2000, aparece en *Este País* con el permiso de esta publicación.